



CAPITULO III

(811)

Estado crítico de los negocios en Nueva España.—Batallas de Urepetiro y Calderón.—Crueldades cometidas por el cura Hidalgo.—Reconquista del puerto de San Blas.—Defección de las tropas de Cohahuila.—Brillantes acciones de Zitácuaro, de Zapotlan, del Real de Tasco y otras.—Crítica situación del virrey Venegas.—Convulsión general del reino.—Influjo de algunos eclesiásticos en la revolución.—Aprehensión en Chihuahua de los principales corifeos de ella.—Obstinación y terquedad de los revoltosos á pesar de los muchos golpes que recibían de las armas del Rey.—Defección de un cuerpo de tropa insurgente.—Horribles estragos cometidos contra los europeos.—Ataques de los rebeldes contra Guadalajara.—Derrota de éstos en varias acciones, sin que cedan de su despechado empeño.—Aumento del fuego sedicioso en Valladolid, á cuya provincia se habían refugiado varios cabecillas, y entre ellos el famoso Rayón.—Se fortifica este último en la ciudad de Zitácuaro.—Destrucción de una columna realista mandada por Latorre.—Ataques obstinados contra la ciudad de Valladolid, y heroica defensa de Trujillo.—Creación de una Junta soberana por Rayón.—Inútiles tentativas de los realistas contra el punto de Zitácuaro.—Batalla de Tixtla, favorable á Morelos.—Conjuración del 3 de Agosto contra la vida del virrey.—Ventajas obtenidas por los realistas, mezcladas de algunos reveses.—Progresos de Morelos.—Expedición del general Calleja contra Zitácuaro.—Acciones ganadas por las tropas del Rey en las provincias del Norte.—Victoria del brigadier Porlier en el cerro de Tenango.

El estado de los negocios era el más alarmante á principios del año 1811. El genio de la revolución parece que

renacia de sus mismas cenizas. Cuantos más golpes recibían los insurgentes, era tanto mayor el empeño de la clase viciosa y corrompida, que tanto abunda en este país, para engrosar sus filas. Sus derrotas en las Cruces, Aculco y en otros varios puntos, debieran haber cortado las esperanzas de los rebeldes; pero era muy diferente el estado de la opinión. No bien había salido el ejército del Rey victorioso de un combate, cuando ya debía prepararse para otro, tal vez más terrible que el primero.

Tres meses hacía que se había dado la batalla de Aculco, cuando fué preciso que los realistas reuniesen todos sus esfuerzos para sostener la importante de Urepetiro, pueblo distante dos leguas de la villa de Zamora y la notable de Calderón. Fué dada la primera en 14 de Enero por el benemérito brigadier D. José de la Cruz, comandante general del ejército de reserva, y tan completa la derrota de los 6.000 hombres, la mayor parte de caballería, de que se componía el ejército contrario, sostenido por 30 piezas de cañón, que dejando el campo regado con más de 500 muertos, su artillería y otros muchos trofeos, huyeron todos en el mayor desorden y confusión.

Este primer triunfo, ilustrado con la dispersión de 1.500 facciosos, capitaneados por el cura Navarrete, causada por las bien combinadas maniobras del citado brigadier Cruz, fué el anuncio de los brillantes laureles de que iban á ser coronadas las sienes de los jefes realistas en la sangrienta batalla del 17.

El ejército rebelde se componía de 93.000 hombres, entre los que se distinguían siete batallones de los regimientos de infantería de Zelaya, Valladolid, Guadalajara y Guanajuato; y diez y seis escuadrones de dragones de la Reina, Príncipe, Pátzcuaro y Nueva Galicia, ocho batallones de nueva creación, y 20.000 caballos, que si bien no estaban sujetos á la táctica militar, eran manejados diestramente por buenos jinetes del Bajío, acostumbrados al uso de la lanza. Su artillería se componía de 44 piezas de varios calibres, traídas de San Blas y servi-

das por artilleros de la misma plaza, y de 51 cañones fundidos por ellos mismos, entre los que había algunos de 18 y 24. El ejército del general Calleja contaba escasamente 2.000 infantes, 4.000 caballos y 10 piezas de artillería.

Una loma escarpada de bastante elevación, que se extendía como tres cuartos de legua, y terminaba en un plano inclinado bastante espacioso, en el que se hallaban reunidas las principales fuerzas de los rebeldes; una gran batería en la parte superior, que apoyaba su espalda á una profunda barranca, flanqueada por otras dos baterías menores que abrazaban toda la circunferencia del terreno por donde había de penetrar el ejército de Calleja, intermediando además otro arroyo profundo que se dirigía de Este á Sudoeste, sin otro paso que el puente, descubierta al fuego de todas las baterías: he aquí los terribles obstáculos que se opusieron al general realista. Cualquiera otro jefe que no hubiera tenido un temple de alma tan fuerte y decidido, se habría arredrado al solo tender la vista sobre aquel imponente aparato; pero Calleja había nacido para grandes empresas; su bélico ardo se electrizaba cuando era llamado para ejecutar acciones que á los genios comunes parecían impracticables.

Al reconocer el campo enemigo se llenó de complacencia y dió por segura la victoria. "Esas inmensas masas de caballería, en las que se pierde la vista como en un vasto océano—dijo el sabio y previsivo Calleja—, han de asegurar mi triunfo: yo sabré introducir el desorden en sus primeras filas, y su fuga ha de precipitar la ruina de tan orgulloso ejército". El resultado justificó lo acertado de aquella predicción. Dispuestas sus tropas en tres columnas, procedió al ataque con paso firme y arreglado. El conde de la Cadena, segundo en el mando, dirigía el ala izquierda; y aunque le había sido prevenido no franquease la línea que debían seguir uniformemente las demás divisiones, engreído, sin embargo, con algunas ventajitas que obtuvo en las primeras cargas, se adelantó más

allá de los límites que se le habían prescrito, cuyo imprudente arrojo le habría comprometido si el general en jefe, viendo el peligro que corría aquella columna, no le hubiera reforzado con una pequeña división que condujo el entonces primer ayudante D. Bernardo Villamil, quien desempeñó bizarramente esta importante comisión, cargando vigorosamente á la bayoneta.

En el entretanto se cubría de gloria la columna de la derecha, mandada por D. Miguel de Emparan; y el general Calleja, colocado en el centro, dirigía con el mayor acierto el brazo de todos los combatientes. El ataque se había hecho general: al primer esfuerzo vigoroso de los granaderos y patriotas, mandados por D. José María Jalón, y por los tenientes coroneles Oviedo y D. Joaquín del Castillo y Bustamante, se debió la ocupación de una batería de siete cañones: este último, en particular, se cubrió de gloria, rechazando una impetuosa carga de caballería enemiga. No bien habían concluido estos valientes aquel bizarro choque, cuando hubieron de volar en auxilio de Emparan, sobre el que había cargado una fuerza muy superior, la que fué disipada con facilidad, adquiriendo aquí nuevos laureles.

Hallándose todavía la acción indecisa, creyó Calleja que había llegado el momento de desplegar todos los recursos de su genio y de dar el último golpe: para lograr su intento era preciso apoderarse de la gran batería defendida por 67 piezas que enfilaba el puente por donde había de penetrar. La empresa no podía ser más arriesgada; pero nada era capaz de contener el ardor de los realistas: atacaron á un tiempo 20.000 caballos el flanco izquierdo, la infantería el derecho, y el general, con la fuerza principal, se dirigió por el centro, con tan impetuoso valor y confianza, que se aterró el enemigo; las masas de caballería principiaron á remolinarse y á confundirse; todos creían ver sobre sus criminales-cuellos las vengadoras espadas; nadie pensó sino en su propia conservación; los más fuertes atropellaron á los más débiles;

interceptóse el camino, y llegó en un instante á tal grado el desorden de aquellas tropas, que, formando en el acto de la fuga unas masas compactas é inamovibles, no pudo la caballería realista ir en su persecución hasta que, ya más desembarazado el camino, se hallaron algunos claros, por donde penetró sin riesgo de estrellarse. Empero el conde de la Cadena, que, arrebatado de su ardor, se introdujo, con 20 dragones, por uno de aquellos grupos más peligrosos, halló una muerte cruel, que llenó de aflicción á aquel ejército, que tantas veces había sido testigo de su inimitable valor y distinguidas hazañas.

No es fácil describir la confusión de esta batalla: el brazo de los realistas estaba ya cansado de descargar mortíferos golpes sobre aquellos rebeldes; fué inmenso el número de sus muertos y heridos; cayeron en poder del vencedor todos sus cañones, infinitas armas de fuego y corte, municiones, pertrechos, equipajes y toda clase de despojos. Los dos principales cabecillas, Hidalgo y Allende, fueron los primeros en fiar la seguridad de sus personas y caudales á la celeridad de sus caballos, dejando abandonadas aquellas gavillas, á las que tan villanamente habían seducido.

Los trofeos conseguidos por el Sr. Calleja en esta ilustre jornada fueron de los más importantes. El valor de dicho jefe compitió con su pericia militar; su actividad y energía, con lo acertado de sus maniobras; su sagaz previsión, con su serenidad, y su bélico ardor, con su acendrada lealtad.

Pocas victorias nos ofrece la historia de América tan brillantes como la de Calderón: para perpetuar su memoria, y para recompensar el extraordinario mérito del general que ciñó su frente con tan esclarecidos laureles, fué creado un título de Castilla, con el nombre de Calderón, y conferido al que tan digno se había hecho de aquel noble distintivo.

En este día se afianzó la autoridad real; era de temer que, si hubiera sido vencido aquel ejército, todo habría

cedido á los exterminadores rayos de Hidalgo. Los negocios públicos cambiaron de aspecto con tan importante victoria; se rectificó la opinión; se desalentaron los amantes de la independencia; acabaron de enfriarse los tibios, y se decidieron por la causa del Rey los indiferentes, que esperaban el desenlace de aquella lucha para agregarse al partido victorioso.

Comunicadas estas lisonjeras noticias, por el benemérito y ansioso virrey, á todo el reino, excitaron una indecible alegría y un consuelo vivificador en todos sus habitantes, y especialmente en los de la capital y en más de 50.000 españoles que se hallaban en la inquietud más alarmante sobre el éxito de aquella batalla.

La calma, sin embargo, estaba muy distante de quedar restablecida en aquel agitado país. Los golpes más decisivos desconcertaban por el momento á los revoltosos; mas pronto volvían éstos de su estupor; y, obrando ardentemente en ellos el deseo de enriquecerse con los despojos de los europeos, cuyo exterminio habían jurado, volvían luego á reunirse para dar nuevo impulso á su sacrilega causa, esperando someter con su terquedad á la misma fortuna.

Así veremos al benemérito Calleja continuar activamente sus operaciones, con tan infatigable celo y constancia, que contó el número de sus triunfos por el de sus movimientos militares.

Los primeros que emprendió á consecuencia de la citada victoria, fueron sobre Guadalajara, en cuya ciudad entró én el mismo día que la división del brigadier Cruz, que fué el 21. Noticioso de que el despechado cura Hidalgo había desfogado su saña y venganza contra más de 500 europeos inermes de aquella ciudad, á cuya bárbara suerte habían podido sustraerse, con el apoyo de algunos honrados vecinos, otros 200, y entre ellos el brigadier D. Koque de Abarca y el intendente D. Francisco Rendón, creció su justo furor de exterminar aquellas tropas desapiadadas que habían huído, con el mayor desorden,

hacia Zacatecas, á reforzarse con otro gran trozo de insurgentes mandados por el cabecilla Iriarte.

Mientras que Calleja recomponía su armamento en Guadalajara y tomaba medidas eficaces para continuar la campaña con mayor tesón y firmeza, había salido D. José Cruz en dirección del puerto de San Blas contra el cura Mercado, que se había fortificado en el sitio llamado la Barranca, con 14 piezas de artillería, algunas de ellas de á 24. Fueron tan felices los esfuerzos de este digno jefe, que arrojado de aquel punto el enemigo con pérdida de 8 cañones, se habían levantado en masa los pueblos inmediatos á San Blas, los que, dirigidos por el celoso párroco D. Nicolás Santos Verdín, se habían apoderado de dicho puerto, dando muerte al bullicioso Mercado, causante de aquellos desórdenes.

Estas lisonjeras noticias fueron contrapesadas por la defección en el pueblo del Saltillo de las tropas de D. Antonio Cordero, comandante de Cohahuila, quien se había visto precisado á retirarse, abandonando aquella provincia. Desde aquel momento se ocupó el gobierno con el mayor empeño en enviar tropas á este punto para impedir la fuga de los dispersos hacia los Estados Unidos, á cuyo efecto se despacharon asimismo algunos buques que se opusieran á su embarco por cualquiera de los puntos de aquella costa, la que deberían recorrer desde Tampico hasta la bahía del Espíritu Santo.

Al regresar D. José de la Cruz de su feliz expedición contra el puerto de San Blas fué encargado de la presidencia y comandancia militar de Guadalajara, de cuya ciudad había salido ya el brigadier Calleja con dirección á San Luis de Potosí, adonde habían pasado los enemigos desde Zacatecas. Los sediciosos que infestaban la provincia de Guanajuato fueron escarmentados por el teniente coronel urbano D. Fernando Romero Martínez. El capitán de dragones D. Francisco Izquierdo, correspondiente á la división del teniente coronel Trujillo, se encontró en Zitácuaro con 10.000 insurgentes mandados por un fraile fran-

cisco del convento de Toluca, por los que fué batido con alguna pérdida, si bien pudo salvar la fuerza principal al favor de su celo y decisión.

Mientras que Calleja sazónaba los planes de dar el último golpe á los principales caudillos de la revolución que se habían situado en el Saltillo, salían á sus espaldas infinitas guerrillas sueltas, que tenían en continua alarma á las tropas del Rey. Toda la grande actividad que desplegó el imperturbable Venegas en este vasto teatro de sangre y horror, era insuficiente para cortar de raíz aquel pestífero germen: las esperanzas de los buenos estaban cifradas en los felices resultados que debían esperarse de la expedición del referido brigadier Calleja, sin cuya presencia no era posible restablecer el orden en provincias tan distantes. Hacer una prolija relación de tantos choques como empeñaron las armas del Rey en estos días, sería molestar la atención del político observador que desea recorrer el cuadro de los sucesos con amenidad. Para evitar, pues, su monotonía, instruyéndolo sin fastidio, recorreremos con rapidez las acciones poco importantes, fijando principalmente nuestra atención en las que han podido tener un influjo decisivo en la opinión.

El segundo de la división de Cruz, D. Roseado Porlier, capitán de navío, dió una brillante prueba de su distinguido mérito, arrojándose contra un cuerpo de 120.000 insurgentes en la cuesta de Zapotlan, matándoles más de 1.000 y poniendo en confusa dispersión á los demás. Es también digno de honorífica mención el arrojó del capitán D. Mariano García, quien atacando á los insurgentes el 3 de Marzo cerca del Real de Tasco, se apoderó de 19 piezas de artillería. Fueron asimismo ilustres las acciones sostenidas por D. Juan Bautista de la Torre en Santiago del Cerro y en San Mateo y Amanalco.

Empero la gavilla que se sostenía con mayor esfuerzo era la del cura Morelos, compuesta de 40 hombres medianamente organizados, que, á pesar de algunos golpes recibidos por las armas del Rey, continuaban en el sitio

de Acapulco, si bien se esperaba que el sargento mayor de dragones de España D. Nicolás Cosío rescatase aquella población de la desgraciada suerte que la amenazaba.

La situación del celoso virrey Venegas era la más embarazosa; y lo que contribuía más á agravarla era su in-comunicación con la mayor parte de los puntos de operaciones. Por el Sur vagaban, desde el territorio de Huichapan hasta Tlalpujagua, los Villagranes y Anayas interceptando correos, robando pueblitos y cometiendo toda clase de insultos. Entre Veracruz y México, y entre esta capital y las provincias del Norte, hervían las partidas, que se disipaban en caso de ser perseguidas con la misma facilidad con que se reunían. Bastaba que un cura ó un fraile les perorase para que todos le siguiesen, alucinados con el halagüeño y falso brillo de sus doctrinas revolucionarias.

Increíble parece que una guerra civil, sostenida con tan horribles manchas de obstinación y furor, haya sido conducida casi exclusivamente por el brazo eclesiástico, cuyo instituto es dirigir las almas por el sendero de la salvación y de la virtud. Es doloroso confesar que el clero católico, tan abundante en virtudes y piedad, ofrezca esta desgraciada excepción en Nueva España. Una gran parte de los generales de aquella bárbara revolución pertenecían á aquel ramo; lo fueron asimismo los jefes de partidas, y se debió, finalmente, á su maléfico influjo el extravío general de la opinión.

Hubo sin embargo respetables y virtuosos eclesiásticos, y entre ellos el benemérito padre fray Diego Bringas, de la Orden de San Francisco, que condenaron aquellas ideas subversivas, y que hicieron resonar en los púlpitos la caridad cristiana y la obediencia á las autoridades constituidas, esmerándose en disipar las tinieblas de los sediciosos; pero los esfuerzos de su celo fueron infructuosos. La parte viciada de aquella respetable corporación, que aunque infinitamente menor en número era la más osada, prestaba demasiados incentivos á las pasiones de la des-

enfrenada muchedumbre para que dejase ésta de adherirse á un partido que le abría las puertas del libertinaje, de la licencia, del saqueo y de la devastación. Una parte de estos mismos eclesiásticos rebeldes pertenecían á la clase de los mulatos ó de los indios, cuya afinidad y contacto era la más á propósito para granjearse el aura popular; así, pues, no debe extrañarse la simultaneidad de fuegos que aparecían por todas partes, y que mantenían en perpetua inquietud á las tropas del Rey, y en la mayor agitación á sus dignos jefes.

El brigadier Calleja se desvivía por cortar los vuelos á los cabezas de aquella horrorosa revolución, figurándose que éste sería el único medio de calmar el desorden general. Con esta mira dividió su ejército en varias columnas, que dirigió á la provincia de Guanajuato, á Río Verde, al Real de Pinos, por el rumbo del Oeste, y hacia el Norte para cubrir la avenida principal del Saltillo. La inquietud general crecía por momentos; la insurrección se fomentaba considerablemente; el cura Calvillo levantaba nuevas fuerzas por la parte de Juchipila y Taltengo; igual aumento habría tomado la sedición en Zapotlan y Zacoalco sin la oportuna presencia del comandante Porlier.

No era menor la conmoción en la provincia de Valladolid, mandada entonces por el bizarro Trujillo, á pesar de las ventajas obtenidas por D. Juan Sánchez en las intermediaciones de Puruandiro. Estos ilustres triunfos sin embargo, así como los obtenidos por D. Juan Bautista de la Torre contra los rebeldes del valle de Temascaltepec, y por otros jefes realistas, estaban muy distantes de hacer renacer la calma en aquellas desgraciadas regiones. La expectación pública estaba fija en las operaciones del ejército del Norte: todos esperaban con la mayor ansiedad el resultado de los planes de aquel jefe, cuando se recibió la plausible noticia de haber sido aprehendidos en Chihuahua el 21 de Marzo, en el paraje llamado Acacita de Bajan, cerca de la villa de Monclova, los corifeos principales de la insurrección.

Hostigados éstos por las tropas realistas, habían determinado retirarse á los Estados Unidos para gozar en ellos descansadamente del fruto de sus rapiñas. Poco les faltaba para franquear la línea divisoria de aquella república, cuando una emboscada realista dirigida por Elizondo, que habiéndose fingido del partido independiente había sabido atraer á sus ideas á Menchaca, Carrasco, Borrego y otros oficiales, se colocó en el mismo camino por donde había de pasar la pomposa comitiva. Bien distante ésta de hallar su muerte en aquella fuerza, que creía destinada á su defensa, fué cayendo incautamente y sin ruido en sus manos, á medida que llegaba a aquella posición, quedando ocultos en un recodo que formaba el terreno los primeros presos para que los de la retaguardia continuasen su marcha sin desconfianza.

Por este medio ingenioso consiguieron las armas del Rey el más ilustre de sus triunfos, cuyos trofeos fueron el arresto de 1.500 hombres, 60 oficiales de plana mayor, entre ellos el cura Hidalgo, los generales Allende, Giménez, Aldama, Camargo, Lanzagorta, Zapata, Santa Maria, Abasolo y Carrasco, además de otros brigadieres y coroneles, seis clérigos y tres frailes, que fueron fusilados sucesivamente, habiéndose contado entre lo más importante de aquella presa los inmensos tesoros, que algunos hicieron ascender á tres millones de pesos, 13 coches, una volanta y todos sus ricos equipajes.

Los realistas se entregaron á las más lisonjeras esperanzas, creyendo que, cortada la cabeza á la hidra de la revolución, serían muy efímeros los esfuerzos que hicieran sus nuevos secuaces; pero desgraciadamente fué muy diverso el resultado. Redoblando los principales atizadores del fuego insurreccional su empeño en dar vigor á aquella ilegítima causa, se valieron de sus mismas desgracias para reanimar el espíritu de los alucinados, haciendo que la publicación de los triunfos de Acatita fuera considerada como los últimos é impotentes esfuerzos de la intriga para conseguir con la falsedad lo que no les era dado con

la espada. Lejos, pues, de extinguirse la rebeldía en los países del Sur y del Centro, tomaba nuevo impulso y vigor y hacía ver la urgente necesidad de desplegar los medios más enérgicos para reprimirla. Creció de tal modo la osadía de los revoltosos, que en el mes de Abril llegaron á aproximarse á la misma capital de México, á atacar, aunque infructuosamente, á las tropas que se hallaban acantonadas en Tula.

Otro de los golpes importantes, que debería haber desconcertado á los revolucionarios, si hubieran sido capaces de retroceder de su criminal empresa, fué el reconocimiento de la autoridad real por un cuerpo de tropas de la provincia del Nuevo Santander que había abrazado el partido de la insurrección y la prisión y entrega del lego Fr. Luis Herrera, que los acaudillaba, así como la de 400 individuos, incluidos 56 oficiales con 10 cañones de varios calibres, algunas municiones y un considerable número de armas de chispa y de corte. No eran tan favorables las noticias por otros puntos: los sanguinarios y vengativos facciosos se cebaron en la sangre de los europeos, asesinando una gran porción de ellos en las inmediaciones de Acapulco, en Salamanca y hasta en Calpulalpan, que tan sólo dista doce leguas de la capital del virreinato.

Se agolparon al mismo tiempo las bandas de los insurgentes con tanta terquedad sobre Guadalajara, que se habría visto precisado el brigadier Cruz á evacuar aquella ciudad si no hubiera llegado oportunamente la división del teniente coronel D. Celestino Negrete, jefe valiente, que había dado repetidas pruebas de su inteligencia y acierto. El comandante Ochoa en su marcha al Saltillo derrotó en Aguanueva un cuerpo numeroso de enemigos, cuyos restos, que todavía ascendían á 6.000 hombres, protegidos por 17 piezas de artillería, atravesaron el paso que media hasta Zacatecas, de cuya ciudad se apoderaron de nuevo, así como de su corta guarnición, que mandaba el capitán Zambrano. Calleja salió á recobrar la

ciudad de San Luis de Potosí, de la que huyó el enemigo con anticipación; pero fué éste alcanzado y batido por las tropas, que habían sido destacadas el 1.º de Mayo á las órdenes del coronel de dragones D. Miguel Emparan.

La insurrección se desplegó en este tiempo con mayor furia en la provincia de Valladolid por dirección de los dos curas Navarrete y Garcilita. El licenciado Ignacio Rayón, ex secretario de Allende, que había quedado en Cohahuila cuando fué preso el cura Hidalgo, se retiró con su gente á Zacatecas, cuya ciudad hubo de abandonar apenas supo que Calleja salía contra él desde San Luis de Potosí; y evadiéndose de los movimientos de Emparan, pasó á situarse en la citada provincia de Valladolid.

Un hombre rudo y salvaje, llamado Benedicto López, de acuerdo con Ortiz, sobrino de Hidalgo, reunió algunas reliquias de las tropas que se habían batido en el puente de Calderón, y guarneció con ellas la ciudad de Zitácuaro, figurándose que aquella escabrosa situación le defendería de la afortunada espada del ejército realista. Creció el orgullo de estos facciosos con el triunfo conseguido en 22 de Mayo sobre el capitán D. Juan Bautista de la Torre, quien fué muerto con la mayor parte de sus oficiales y soldados que habían ido á atacarlos, quedando enteramente deshecha aquella columna.

Engreídos los insurgentes con este golpe, que fué de los más importantes que consiguieron contra las tropas del Rey, se atrevieron á atacar la ciudad de Valladolid, defendida por el bizarro Trujillo. Los principales jefes de esta expedición, Muñiz, Torres, Rayón, Liceaga, Huidobro, Salto, Carrasco y Ramos, trataron de hacer el último esfuerzo para dar vigor á su causa. No bajaban de 8.000 hombres los que tuvieron sitiada cuatro días aquella ciudad; pero sus ataques, aunque impetuosos, fueron recibidos con la mayor impavidez. La oportuna llegada de la columna de D. Antonio Linares reanimó el espíritu de los sitiados, y desconcertó los planes de los enemigos, quie-

nes hubieron de retirarse con pérdida muy considerable.

Rayón, que había pasado á establecerse en Zitácuaro, pudo atraer á su partido la mayor parte de aquellos facciosos, con cuyo apoyo se propuso derrocar á los que allí ejercían la principal autoridad. Para dar mayor peso á la suya, erigió una Junta de tres miembros con el título de Soberana; y para quedar solo en el mando asesinó á Ortiz y alejó á Benedicto con vanos pretextos, haciendo en seguida una aparente elección popular en su misma persona, con las firmas de aquellos miserables que seguían ciegamente su propio impulso. Para deslumbrarlos nombró dos colegas despreciables, que fueron Liceaga y Verduco, arrogándose la presidencia perpetua. Conociendo el sabio y activo virrey Venegas la necesidad de deshacer en su origen aquella peligrosa reunión, dispuso la pronta salida de una expedición á las órdenes del coronel D. José Miguel de Emparan, cuya fuerza, reunida á la que mandaba el teniente coronel D. José Castro, ascendía á cerca de 2.000 hombres.

Después de haber superado este digno jefe la cañada que forma una serranía fragosa y elevada, llegó el 22 de Junio á las inmediaciones de Zitácuaro, y á pesar de los grandes obstáculos que le opuso el enemigo atacándolo por los cuatro frentes y por la retaguardia, logró al principio algunas ventajas y les tomó cinco cañones; pero las profundas zanjas que habían hecho los insurgentes á fin de evitar el asalto, la falta de viveres y las copiosas é incesantes lluvias le obligaron á retirarse á Toluca con bastante pérdida en hombres y bagajes. Hallándose Emparan inhábil para continuar la campaña á causa de habersele abierto la herida que recibió en Calderón, fué enviado el conde de Alcaraz á tomar el mando de aquellas tropas.

La ciudad de Valladolid recibió á este tiempo y en el día 22 de Julio un nuevo é impetuoso ataque. Diez mil insurgentes con 40 cañones de metal se arrojaron con el mayor furor contra sus esforzados defensores, y llegaron

á penetrar por las mismas calles; el fuego duró desde las diez y media de la mañana hasta las seis de la tarde, á cuyo tiempo, viendo los facciosos la tenaz resistencia de aquellos valientes, se retiraron con pérdida de 500 hombres, 18 cañones, muchas municiones, armas y caballos. El bizarro Trujillo, puesto á la cabeza de algunos caballos, se arrojó con el más decidido empeño sobre el orgulloso enemigo, al que desconcertó completamente, fijando por este atrevido y aun temerario golpe la suerte de aquella ilustre jornada que lo cubrió de gloria; y el triunfo habría sido completo si el cansancio de las tropas hubiera permitido ir en persecución de los dispersos.

A pesar de la derrota del enemigo, temió Trujillo alguna sorpresa de aquellas mismas masas que se reunían con la misma facilidad con que se desbandaban; y no pudiendo contar siempre con los dones de la caprichosa fortuna, pidió nuevos refuerzos, que le fueron enviados desde Toluca. Estos sublimes rasgos de heroísmo reflejaban el mayor lustre sobre las armas españolas; mas no alteraban en modo alguno el estado crítico de los negocios. La insurrección seguía su curso, y para sofocarla se necesitaban fuerzas mayores. Las atenciones preferentes del general Calleja en destruir las primeras reuniones, y en asegurar las dilatadas provincias de Zacatecas, Guanajuato y San Luis, y las de la Colonia y Nuevo Reino de León, dieron á los gobernantes de Zitácuaro algunas treguas para recrearse en la ostentación de su poder quimérico. Empero conociendo Rayón que la opinión no estaba preparada para sacudir de un modo absoluto la dependencia de la metrópoli, conservó todavía para todos sus actos el augusto nombre del Sr. D. Fernando VII. Dicho insurgente se erigió en capitán general de todos los ejércitos americanos, y se constituyó al mismo tiempo en ministro de sí mismo, ofreciendo los desvaríos de aquel insensato un fenómeno raro en política, "de que un mismo individuo pueda ser presidente de un estado y su ministro universal".

En tanto que se creaba el descabellado gobierno de Zitácuaro, seguían las tropas realistas en su infatigable celo por desbaratar las infinitas partidas que hervían por todas partes: lo fueron, con efecto, cerca del pueblo de Tepetitlan, en Atotonilco, en el cerro del Zepo, y en todas las provincias del Norte, en las que se distinguieron los comandantes Andrade, Arredondo, García Conde y Madera; mas no fueron las armas del Rey tan afortunadas hacia la parte del Sur. El cura Morelos, con un cuerpo de 2.000 hombres, bien armados y adiestrados por un anglo-americano, fué atacado en Tixtla por la columna del teniente coronel D. Juan Antonio Fuentes, compuesta de 900 hombres; pero el éxito estuvo tan lejos de corresponder á las esperanzas del jefe realista, que, derrotado completamente por los sediciosos, quedaron éstos dueños de las provincias de Oajaca y Puebla. Acapulco, en el entretanto, se hallaba en los mayores apuros y próximo á capitular por falta de víveres. Estos golpes desgraciados influían considerablemente en el desaliento de los realistas: amaestrados los insurgentes en el arte de la guerra, no eran ya aquella clase de bandidos que abandonaban el campo á las primeras descargas: era otra su decisión y firmeza, y se necesitaba, por lo tanto, doble esfuerzo y precaución para burlar sus ataques.

Aunque el número de personas de consideración no era tan grande como antes de ser aprehendidos los primeros corifeos, tenían más orden y más práctica los que tomaron posteriormente el mando de las partidas. Además de las que estaban situadas en Zitácuaro, en Chilapa y en Acapulco, había otras infinitas que, á manera de las guerrillas de España, inundaban el reino, trayendo en continuo movimiento á las tropas del Rey, é interceptando de tal modo las comunicaciones, que sólo en grandes convoyes se atrevían los comerciantes á conducir sus efectos.

Villagrán, situado á la entrada de la Huasteca, tenía

en continua alarma á Zimapan, Pachuca, Ixmiquilpan y Mextitlan; y posesionado del Real del Rector, trabajaba una buena mina, con cuyas platas y con la impene-trabilidad del terreno, se mantenía al abrigo de todo ataque. Cañas, colocado en la serranía de la villa del Carbón, se paseaba libremente por Chapa de Mota, Gilo-tepec y Tepexi, extendiéndose hasta Cuautitlan, Hue-huetoca é Ixtlahuaca. Aldama se había estacionado en los llanos de Apan, donde había principiado á turbar la tranquilidad de que había gozado el obispado de Pue-bla, interrumpiendo sus comunicaciones con Veracruz, y extendiéndose hasta las inmediaciones de Tezcuco; pero habiendo sido arrojado de allí por los realistas, apareció muy pronto en San Juan de los Llanos y en las cercanías de Perote.

Para completar las tristes sombras de este cuadro, se anunció una terrible conjuración, que debía estallar el 3 de Agosto, designándose como víctimas que habían de sacrificarse al furor revolucionario el mismo virrey y las principales autoridades. Este plan de refinada perversidad debía producir á los rebeldes los más favorables resultados: con la aprehensión del primer jefe y con su tras-lación á Zitácuaro, se proponían desconcertar todas las operaciones de los realistas, introducir el desorden y la confusión, y valerse de su firma para mandar la entrega de las armas á todos los comandantes de cuerpos y pla-zas. Los buenos realistas que conocieron el grave peligro de que plugo á la divina Providencia libertarlos con una oportuna revelación de aquellos devastadores proyectos, se esmeraron en demostrar á porfía su júbilo y satisfac-ción: se redoblaron las medidas precautorias, se estable-ció una superintendencia de policia, se hicieron varias prisiones, y seguidas sus causas por los trámites legales, sufrieron el último suplicio el abogado D. Antonio Fer-rer, los cabos Ignacio Cataño y José Mariano Ayala, y los individuos Antonio Rodríguez Longo, Félix Pineda y José Mariano González. Fueron aplicadas asimismo otras penas,

aunque más benignas, á varios sujetos, y entre ellos á algunos religiosos que resultaron cómplices en aquella horrible conspiración.

Con tan feliz descubrimiento se reanimó el espíritu de los realistas, y sus armas adquirieron el mayor lustre en varias acciones que se trabaron en el mismo mes de Agosto: tales fueron las que dieron los capitanes Zarzosa y Collado en las inmediaciones de Querétaro; las del capitán Güelbenzu en el llano de las Ánimas junto á Aculco; la del capitán Argumosa defendiendo el pueblo de Ixmiquilpan contra el bárbaro caudillo Villagrán; la del capitán Menezo sostenida en Pénjamo contra 2.000 rebeldes mandados por los cabecillas Cleto Camacho, el cruel Albino García y un tal Nájera, y en particular las del comandante D. Manuel del Río en el mes de Septiembre en la villa de Colima, de la que fueron desalojados los rebeldes con pérdida de cuatro estandartes, cinco cañones, todas sus municiones, fusiles, armas, equipajes y caballos, dejando tendidos en las calles más de 300 hombres, y en poder de las armas del Rey la mujer del cabecilla Sandoval, que se titulaba emperatriz. El mismo jefe realista adquirió nuevos laureles en otra acción que sostuvo contra el cabecilla Ricardo Ruiz de Esparza, alias el Inglesito, á quien causó la pérdida de 600 hombres.

No fueron menos importantes las seis acciones sostenidas por el capitán de fragata D. Ciriaco del Llano, uno de los quince oficiales que el capitán general de la Habana había remitido al virrey Venegas, habiéndose cubierto de gloria aquel digno jefe en todas ellas, y en otras muchas escaramuzas y bruscos ataques que sufrió desde 3 de Septiembre hasta 5 de Octubre, en cuyo tiempo anduvo 180 leguas entre ásperas montañas y quebradas, que dejó teñidas con la sangre de los rebeldes.

Contribuyeron asimismo á dar lustre á las armas del Rey las acciones que se dieron á este tiempo en Guanajuato por la división del coronel García Conde, y en particular la que sostuvo el teniente coronel D. José López

por el rumbo de Zacatecas contra tres ó cuatro mil insurgentes, á quienes derrotó completamente, cogiéndoles toda su artillería, que se componía de diez piezas, sus municiones y cargas con varios prisioneros. Fué asimismo distinguido el ataque que dió el capitán Salazar al Real de Asiento, adonde se habían refugiado los rebeldes, á los que derrotó completamente con pérdida considerable de oficiales y soldados.

El combate de Tenango á las inmediaciones de Toluca, sostenido por el bizarro Porlier, tuvo un resultado favorable, si bien fué acompañado de bastante pérdida que sufrieron las tropas del Rey. El teniente coronel D. Joaquín del Castillo y Bustamante se cubrió de gloria en dos acciones que dió en el mismo mes de Septiembre, habiendo contado entre los trofeos de la primera 1.200 rebeldes tendidos en el campo, 12 cañones de todos calibres, y un gran repuesto de municiones y pólvora, muchas lanzas y más de 300 arcabuces, y como resultado de la segunda la destrucción de mayor número de enemigos y la toma de 20 cañones, y la de todas las municiones que le restaban.

Esta terrible época forma una serie no interrumpida de lances guerreros, en los que la victoria no estuvo siempre encadenada á las armas del Rey. El comandante D. José de Céspedes, que desde México había salido á reemplazar á Columna, jefe de una división, fué sorprendido, con su escolta, por los insurgentes, conducido á Zitácuaro y sacrificado á su bárbara venganza; el teniente de fragata D. José Ruiz de Cárdenas, segundo en el mando de aquella fuerza, puesto á la cabeza de algunos infantes y dragones, quiso vengar la muerte de su nuevo jefe y volver por el honor de las armas españolas; pero, habiéndole sido esquiva la fortuna, pagó aquel noble arrojo con su misma vida y con la destrucción de su tropa.

El comandante Soto derrotó un cuerpo de 3.000 rebeldes, apoyados por tres cañones, á las órdenes del ferroz Villagrán; les causó la pérdida de 500 hombres y de dichas tres piezas, municiones y efectos. D. Francisco

Guizanortegui, capitán de dragones de Puebla, derrotó, en las provincias internas en la hacienda llamada de la Cebada, un cuerpo de 2.000 bandidos, acaudillados por Bernardo Guacal y por otros cabecillas, á quienes causó la pérdida de 450 hombres.

En los últimos meses de 1811 se complicaron los sucesos militares y políticos en este vasto teatro: ya los insurgentes habían ido engrosando sus divisiones y adquiriendo algunos elementos de orden é inteligencia, de que antes carecían, á los que debieron principalmente los progresos de sus armas en algunos puntos.

Dichos facciosos habían reunido en Chilapa 4.500 hombres, con más de 500 fusiles y 29 cañones; también en Tlapa se habían fortificado contando con el apoyo de la provincia, que había sido seducida por el cura Tapia. Morelos se dirigió sobre Chautla, cometiendo mil atrocidades y asesinando al teniente coronel D. Mateo Musita y á cuantos europeos cayeron en sus manos. Envalentado con estos cobardes triunfos se adelantó hasta Izucar, y trató de aproximarse á Puebla. Alarmado el virrey Venegas, dió las órdenes convenientes para que una parte de la división del brigadier Llanos se adelantase á tomar posición en Atlixco, punto intermedio entre Izucar y Puebla, á fin de que contuviese al osado eclesiástico.

Deseosos los jefes realistas de venir á las manos con aquel formidable enemigo, le atacaron, en el referido pueblo de Izucar, con el más denodado valor; pero la herida mortal que recibió el teniente de fragata D. Miguel Soto, que mandaba aquella fuerza, y las de otros valientes oficiales, hicieron variar el curso de la fortuna, que se había presentado con aspecto risueño; se vió, por lo tanto, obligada la división realista á emprender su retirada, que fué dirigida, con la mayor inteligencia y bizarria, por el moribundo Soto, cuyo indomable valor no le abandonó hasta que hubo exhalado el postrer aliento.

A pesar de este sensible golpe, había sufrido demasiados descalabros la gavilla de Morelos para que insistiese

en su dirección contra Puebla; así, pues, volvió sus miras á ocupar aquellos puntos en que no había fuerzas que pudieran resistirle. Uno de ellos fué el de Tasco, cuya corta guarnición hizo el último esfuerzo, si bien hubo de sucumbir á la inmensa superioridad del enemigo y al desaliento que se introdujo con la muerte del comandante, capitán de milicias, D. Mariano García y Rios. Los rápidos progresos de este infame cabecilla introdujeron la mayor confusión, hasta en los pueblos inmediatos á la capital. Más de 2.000 individuos emigraron de Cuernavaca y se refugiaron en San Agustín de las Cuevas. Otra columna del mismo insurgente invadió las Amipas, arruinando las ricas haciendas de cañas, de que abunda aquel territorio.

La osadía de los rebeldes había llegado á tal grado, que hizo ver al impávido virrey la necesidad de reconcentrar las fuerzas de las provincias del Norte para destruir las considerables de Morelos, atacando el punto de Zitácuaro, en el que se abrigaba la pomposa Junta nacional, que fomentaba la rebelión con sus proclamas, despachos y títulos, librados á sus más adictos partidarios. A este fin dió orden al general Calleja para que pasara, con su ejército, á la provincia de Valladolid y al lugar de Acámbaro, á fin de ejecutar el plan de ataque, combinado con un movimiento que debía hacer sobre Tenango la división que se hallaba en Toluca, allanando por este medio aquel obstáculo á Calleja. Era de presumir que tan pronto como las tropas del Rey saliesen de Guanajuato cobrarían nuevo aliento los rebeldes en aquella parte; á pesar de las enérgicas disposiciones para reforzar con tropas de San Luis de Potosí y Guadalajara aquellos puntos que más pudieran necesitarlo, atacaron los rebeldes la expresada ciudad de Guanajuato, de la que fueron rechazados por la corta guarnición y por la bizarria de algunos honrados habitantes.

Habiéndose reunido aquéllos de nuevo en número de 5.000 hombres, bajo la dirección de los caudillos Albino

García, Tomás Valtierra y Toribio Nájera, dieron el segundo ataque á la referida ciudad en 26 de Noviembre; y apoyados por el populacho, que se les había agregado por el afán del botín, se trabó un sangriento combate, prolongado desde las ocho de la mañana hasta la una de la tarde, en que por un esfuerzo extraordinario lograron los tropas y el paisanaje apoderarse de un cañón y de las municiones del enemigo, con cuyo suceso se aterró y se puso en precipitada fuga, quedando desvanecidas las esperanzas de los amantes del desorden, pero desconsolados los realistas, aunque victoriosos, por la pérdida considerable que sufrieron de personas del más alto mérito.

Los refuerzos de la Nueva Galicia calmaron los recelos de aquella ciudad, que á pesar de sus triunfos no se creía segura de las intrigas de los revoltosos. Las tropas del general Cruz se cubrieron de gloria en otra porción de acciones que dieron á los rebeldes en Octubre, Noviembre y Diciembre: merecen entre ellas particular mención la de D. Juan Rulfo en Zapotlan contra 600 rebeldes; la de Teúl, contra 400; la del Rancho del Capulin, ganada por el capitán Linares, contra 400, á quienes quitó 130 caballos; la de Acaponeta, sostenida por el teniente Espinosa con 200 contra 2.000, salvando así aquel vecindario de la destrucción á que había sido condenado por haber aprehendido á varios cabecillas, que fueron pasados por las armas; la de Jiquilpan, sostenida por el capitán Mora; la de Jalostotitlan, en la que 25 patriotas contuvieron á 500 rebeldes; la de San Diego en la Sierra, sostenida por el capitán Arbizu, quien con 240 soldados mató la mitad de los 500 hombres de que se componía la columna de los facciosos; la de la hacienda del Pozole, cerca de Tepic, cuyo comandante, el capitán Gurrea, mató 100 hombres de la numerosa gavilla de Cecilio González; la toma de Coallomarta por los capitanes Cuéllar y Mora, al favor de sus bien combinados movimientos, en cuyo pueblo, que era la madriguera de los rebeldes, hallaron seis cañones, muchas cureñas, herramientas y má-

quinas; 1.000 arrobas de hierro fundido, 500 del llamado *bergajón*, y mucha madera de construcción; y la de Arandas, cuyo solo vecindario rechazó á 800 revoltosos. Con tales golpes, y con la actividad de las siete columnas en que el general Cruz había dividido sus tropas, quedó Nueva Galicia libre de enemigos, y se rectificó de tal modo el espíritu público, que los patriotas solos bastaban para tener enfrenado el genio del mal.

Siguiendo en el entretanto su marcha el general Calleja, llegó en 12 de Diciembre á San Felipe del Obraje, distante quince leguas de Toluca, en cuyo punto halló abundancia de viveres y municiones, con algunos refuerzos que el celoso virrey había proporcionado á fuerza de los mayores sacrificios, á fin de asegurarse el éxito de aquella importante campaña.

Había acordado dicho virrey que, siendo tres los puntos por los que se podía penetrar á Zitácuaro, debería acercarse la división de Porlier para cubrir la entrada llamada de San Mateo; otra parte del ejército ocuparía la de Turopan, y Calleja, con el nervio de sus tropas, tomaría posesión de la tercera, más accesible que las otras, para que, verificado el ataque por este lado, hallasen los insurgentes obstruída su retirada y se lograra aprehender á los individuos de aquella quimérica junta, con cuyo golpe se esperaba cortar enteramente los vuelos á la rebelión.

Este sabio y acertado plan, que hacía el elogio del jefe que lo había concebido, fué alterado sin embargo por el general Calleja, deseoso al parecer de suplir la tardanza que se había notado en sus marchas; y llevado de su celo por llegar á las manos con el enemigo antes que pudiera ponerse fuera de su alcance, se resolvió á atacarlo en 29 de Diciembre por la parte de San Mateo, que había sido confiada á Porlier, y éste fué destinado al mismo tiempo contra los rebeldes, situados en el fortificado cerro de Tenango. El resultado de la empresa del benemérito Porlier fué de tanto brillo y esplendor, que, arrojado el ene-

migo de su posición, dejó nueve cañones, todas sus municiones, banderas, gran número de ganado, muchos efectos y un crecido número de muertos. El de otra acción que dió este mismo jefe en Tecualoya y el de la batalla de Zitácuaro se verá en la siguiente época de 1812, á la que pertenecen.